



Navidad Sevilla 2012

Asociación de Belenistas de Sevilla
Pregón de la Navidad
D. Fernando Fabiani Romero

Índice

Introducción

Agradecimiento

El sueño

La realidad

La otra Navidad

A mi padre

Excelentísimas e Ilustrísimas autoridades Eclesiásticas y
Municipales.

Sr. Presidente de la Asociación Belenista de Sevilla.

Mi querido Presentador.

Estimados Belenistas,

Familiares, amigos, señoras y señores

INTRODUCCION

Atardecía...

Una luz gris y triste junto a la desnudez de los árboles, ponían de manifiesto los implacables efectos del invierno. El olor penetrante a tierra mojada indicaba que no ha mucho tiempo había llovido. La densa niebla que se había formado proporcionaba una visión fantasmagórica. La humedad se calaba hasta los huesos.

Hacía frío...

Al final de un camino escoltado por espigados y deshojados árboles, un niño con la mirada clavada en el infinito, esperaba sentado en un viejo banco de hierro. En el horizonte se perfilaban las paredes, chimeneas y almacenes de una vieja fábrica y de ella salía el sonido de una sirena que marcaba el final de una agotadora jornada de trabajo.

Y al cabo del tiempo, a través de la niebla, una silueta comenzaba a dibujarse. Era la de un hombre de caminar lento y reposado, con sombrero a la antigua usanza, a su cuello se anudaba una bufanda, y sus manos se protegían del frío en el interior de los bolsillos de una pelliza de color gris. Su mirada

serena, su sonrisa y sus brazos abiertos evocan un remanso de paz, al reconocer al niño que saltaba a su regazo para comunicarle con toda su inocencia, esa noticia que sólo él creía saber:

¡Papá, ya me han dado las vacaciones!

Pues entonces hoy pondremos el Belén.

¡¡¡Ese era mi padre!!!

Y así, comenzaba el rito.

*Bendito seas por siempre padre mío
que me enseñaste a montar el Belén
hoy ya no te tengo conmigo
pero siempre en ti confío
porque de ti solo aprendí el bien.*

Nunca olvidaré su lema y sus consejos: “Si tu vida es luchar... vence, si es amar... ama, si es ilusión... despierta, pero si tu felicidad depende de mi cariño.....considérate la persona más feliz del mundo”. Y bien que lo fui en los cortos 25 años que Dios me permitió estar a su lado.

Una habitación de mi casa se encontraba ya vacía, y eso era señal inequívoca de que la Navidad estaba próxima. Durante todo el año era dedicada a otros menesteres, era el cuarto de la plancha y de la costura. Tenía forma rectangular y al fondo había un gran ventanal que daba al jardín. El mobiliario era escaso, una mesa de camilla, otra para la plancha, dos o tres sillas, un cesto para la ropa limpia, una máquina de coser *Singer* y un armario empotrado. Para la fiesta de la Inmaculada todo desaparecía. Nunca supe dónde se guardó ni recuerdo cómo se planchaba durante ese mes que terminaba el 6 de enero, pero lo cierto es que esa habitación de mi casa estaba vacía porque ahí se ponía el Belén.

La habitación era de grandes dimensiones. En tres de sus paredes formando una U se habían dispuesto unos tablones sostenidos por caballetes. Todos ayudábamos: mi padre dirigía, mi madre hacía las veces de improvisado arquitecto y mis hermanos y yo sacábamos las figuras que dormían en un armario desde la anterior Navidad. Las paredes que durante todo el año permanecían encaladas se cubrían durante esos días por una tela sobre la que se había dibujado un paisaje de dunas. Una multitud de palmeras emergían del seco suelo. Al fondo podía verse un oasis con una vegetación más exuberante. Más allá se veían arbustos, higueras y algún árbol de sombra. Desde el oasis central y a lo largo de las paredes, un río serpenteaba entre las

dunas hasta desaparecer entre las montañas que se hallaban sobre los caballetes.

Un cielo de color azul oscuro simulaba una noche que estaba a punto de cubrir el precioso paisaje. La luna estaba en cuarto creciente, casi llena, y multitud de estrellas brillaban en el firmamento. Una en especial me llamaba siempre la atención. Era algo mayor que las demás, tenía las mismas puntas, pero su brillo, su resplandor y sobre todo una especie de cola la hacían ser la reina de la noche. Me ensimismaba mirándola y durante mucho tiempo la he buscado en las claras noches de verano con la ilusión de encontrarla. Nunca la vi pero hoy, transcurridos ya muchos años, alzo la mirada con la esperanza de hallarla. Imagino que tras ella se encuentran mis seres queridos, aquellos que están desgraciadamente desaparecidos de una u otra forma, porque si esa estrella un día llevó a tres personajes hasta la presencia de Dios, su poder alguna vez me permitiría verlos nuevamente y mientras eso ocurre, doy gracias a Él por las muchas cosas que tengo que agradecerle.

*Luz que iluminas la noche
luz que alumbras los sentidos
luz que guías los pasos
de quien busca a Dios nacido.*

*Cuando empieza a amanecer,
tu "voz" se hace sonar,
¿Qué bien viniste a traer,
para todos contentar?*

*Vengo a traer amor y ternura
cariño y comprensión
para aquel en quien perdura
la Fe, el amor y la oración.*

*Quiero traer la paz
para el día de mañana
sí, la paz y el amor
siguiendo los consejos
de mi abuela Ana.*

*Señora Santa Ana,
¿por qué llora el Niño?,
por una manzana
que se le ha perdido.
No llore por una
yo le daré dos
una para el Niño
y la otra para vos.*

Niño, dame palabras para decir

lo mucho que ahora siento.

*Quiero en esta noche transmitir
todo lo que llevo dentro.*

*Querida Estrella de Oriente
déjame al Niño verlo
y si puedo,
entre mis brazos tenerlo,
para nunca más perderlo.*

La parte inferior de la tela se hallaba oculta por unas piedras de carbón de cock de distinto tamaño que simulaban montañas cuyas crestas, gracias al polvo de talco, aparecían nevadas y nos permitía recordar que nos encontrábamos en los días más crudos del invierno. Por una de esas montañas se ocultaba el río. En la cima de otra, una hoguera calentaba a unos pastores que guardaban sus rebaños, y en la cumbre de la más alta, un gran castillo levantaba sus paredes; era el castillo del rey Herodes, personaje que no se encontraba representado en mi Belén debido probablemente a su maldad. Sus servidores a los que los niños llamábamos romanos guardaban la fortaleza. Todos tenían afiladas lanzas, cascos plateados con un penacho de plumas, labrados escudos, una especie de falda corta de color rojo y sandalias de cuero que me hacían preguntarme si era la ropa más adecuada para el frío que hacía.

De las montañas descendían tres personajes a lomos de sus camellos guiados por fieles pajes. Eran los queridos Reyes Magos que venían de ser agasajados por el Rey Herodes y se dirigían hacia el Portal guiados por la estrella de mis preferencias.

En el valle, se encontraban el resto de los personajes y de los edificios. Allí estaban los pastores, uno con la barba apoyada en su cayado mientras cuidaba de su rebaño; otro ordeñando vacas; otro caminando hacia el Portal con un corderillo entre los brazos, e incluso alguno dormitando. También había mujeres realizando diversas tareas: una lavaba arrodillada junto al río, otra tendía ropa sobre dos estacas unidas por una cuerda, otra transportaba un haz de leña que le permitiría hacer más agradable las frías

Diversos oficios podían contemplarse, en mi Belén: había carpinteros con una sierra en la mano, leñadores con sus hachas, aguadores que portaban su preciosa carga a lomos de un burro, agricultores tras el arado tirado por una yunta de bueyes, alfareros modelando cántaros en los que conservar el agua fresca...

Los animales también abundaban, piaras de cerdos, de cabras, de corderos; gallos, patos, vacas, burros..., todos se encontraban repartidos en las distintas zonas de mi Belén.

Igualmente también se encontraban repartidas las distintas construcciones: una casa con su lucecita en su interior, un molino cuyas aspas giraban baja la atenta mirada del molinero, un pajar con una crucecita en la parte superior y las gallinas merodeando a su alrededor; la carpintería, la casa del herrero, otra casa donde en esos momentos se realizaba una matanza, y una casa muy especial con un farol de luz roja que iluminaba un cartel que decía: **Posada**.

Y por fin al fondo y entre las montañas se encontraban los personajes centrales del Belén: José, María y el Niño acompañados por una mula y un buey, en una cueva que fue invadida para que tuviera lugar tan importante acontecimiento.

*Era una cueva oscura,
el Niño la iluminaba,
y con toda su gran dulzura,
María lo contemplaba:*

*Mira qué Niño tengo,
a José le comentaba,
¡qué guapo!,
¡qué serenidad!,
¡qué mirada!
Me hace muy feliz,*

*yo estoy encantada,
pero ¡habla José!,
¡dime!
¿no se te cae la baba?*

*Lo miro, y no me lo creo,
grandeza tiene este Niño
y a pesar de nuestra pobreza
nunca le faltará cariño.*

*Tápalo, tápalo que hace frío,
dámelo quiero cogerlo en brazos,
quiero darle un abrazo
quiero a este Niño mío*

En mi casa, a partir de la Nochebuena teníamos por costumbre tras la cena visitar el Belén antes de retirarnos a descansar. Mi padre solía rezar una oración, luego entonábamos un villancico y sobre todo hacíamos sonar la zambomba, la pandereta y una botella de anís sobre la que deslizamos el mango de un cubierto.

Al irnos a la cama mi padre nos recordaba que había que dormirse pronto para que los personajes del Belén no nos oyeran ya que por la noche realizaban sus oficios, hablaban entre ellos y se iban acercando hacia el portal, especialmente los

Reyes Magos, ya que el día 5 de enero tenían que estar postrados a los pies del Niño.

En el silencio de mi habitación, yo os juro que más de una noche los oí, y como a la mañana siguiente, al levantarme, veía que su posición se había modificado, ya que los Reyes estaban más cerca del Portal, mi Fe fue absoluta.

AGRADECIMIENTO

Mi más profundo agradecimiento a la Asociación Belenista por permitirme que hoy les cuente todo lo que ocurre por la noche en un Belén, cuando se apaga la luz, cuando llega el silencio, cuando la luna brilla sobre el firmamento, cuando uno se queda solo con uno mismo, porque no sé si lo vi, o lo soñé, pero yo así os lo voy a contar.

Gracias muy especiales a ti, Juan José Morillas, por tu amistad, por demostrarme que el miedo y la cobardía no están incluidos en tu persona, gracias por organizar un Pregón tan entrañable y tan importante para los cristianos, y gracias también por haber confiado en mí la honrosa tarea de decir a Sevilla que dentro de unos días comenzará la fiesta más importante que podamos celebrar, la Navidad, en la que

conmemoraremos ni más ni menos que el nacimiento del Hijo de Dios.

Paco, mi querido presentador, muchas gracias por tus entrañables palabras. Tú me has confirmado que la amistad y el aprecio hacia las personas no es cuestión de años sino de voluntades, y de ese aprecio y estima, fluyen los muchos méritos que me has adjudicado. Si recapacito pienso que me siento orgulloso de dos de ellos: uno, el cariño que siempre tuve a mis padres y otro, es el de ser un enamorado de Sevilla, de mi tierra y de sus tradiciones y por eso estoy tan satisfecho e ilusionado por encontrarme tras este atril.

Gracias también a todos los que me acompañáis en esta entrañable noche, autoridades, familiares, amigos y conocidos y para vosotros os dedico una frase de Sir Winston Churchill que dijo en cierta ocasión cuando le alabaron el valor que tenía al pronunciarse en el Parlamento y él contestó: *Valor es lo que se necesita para levantarse y hablar, pero también es valor lo que se requiere para sentarse y escuchar.* Por eso gracias a todos ustedes que ahí están sentados para escucharme.

EL SUEÑO

Era aún de noche. La calle estaba muy oscura y hacía el frío propio de esas horas. En el cielo de un color azul intenso, se vislumbraban ciertas manchas blancas que indicaban que el amanecer estaba próximo. El lugar era al mismo tiempo extraño y conocido. Sin saber cómo ni por qué me encontré frente a la puerta de la que colgaba un candil, aquella en la que se podía leer: **Posada**.

Me encontraba aturdido y asustado, me había convertido sin saber cómo, en un personaje de mi Belén. Intenté averiguar qué hora era, mas no tenía reloj. Mis ropas no eran las habituales, vestía como las figuras del Nacimiento: unos pantalones de color marrón oscuro medio raídos, una camisola grande para mi cuerpo de gruesa y basta tela y todo ello cubierto por una piel de borrego a modo de cazadora. Portaba una especie de polainas y calzaba unas modestas alpargatas. Busqué en mis bolsillos algo que me delatara qué estaba ocurriendo pero solo encontré una vieja navaja y un arrugado pañuelo cuyo color blanco el tiempo lo había vuelto amarillento. Me lo acerqué a la cara y percibí un olor que me resultó conocido, olía a una mezcla de tomillo, romero, albahaca, hinojo, humo... Ese pañuelo tras lavarlo fue secado sin duda alguna, al calor de una fogata encendida en medio del campo.

Era tal la quietud de aquel lugar, que se oía el silencio.

De mis hombros colgaba un zurrón hecho con piel de cabra. Al abrirlo encontré un trozo de queso bastante distinto al que habitualmente tenemos en casa y un trozo de pan de color oscuro. No tenía hambre en esos momentos, solo curiosidad y miedo. El olor de la calle me era conocido de mis visitas al campo de la abuela, cuando de niño disfrutaba en la cuadra dándole de comer a un par de vacas y un caballo que se utilizaban para distintas labores agrícolas, el olor era una mezcla de tierra, paja y excremento de animales, pero a pesar de eso se respiraba un aire puro.

Las casas que estaban hechas con barro o con ladrillos de barro, mostraban fachadas de color blanco. Muchas de ellas tenían azoteas y otras una especie de bóveda. Me faltaban ojos para contemplar todo aquello que para mi era nuevo, pero todo era exactamente igual que mi Belén.

Absorto estaba contemplándolo cuando escuché el chirrido de una puerta y una voz varonil que decía:

-Mujer, me marchó, voy a ver si el carpintero me tiene terminada la mesa que le pedí; cuida tú de la posada que la tenemos llena de gente... y no te desanimes. Es cierto, hay mucho trabajo pero eso nos dará de comer para días venideros,

porque ya sabes, dentro de nada volveremos a la rutina y poca gente vendrá a alojarse; ya me gustaría que algún día llegara alguien importante que honrara nuestra casa, quizás entonces nos cambie la suerte. Volveré antes de mediodía-.

Tras la puerta entreabierta pude ver a la mujer que despedía al marido. Era alta y delgada y sostenía un candil en su mano a la altura de su cabeza y al verla, me di cuenta que más que una mujer era una niña de bellísimas facciones, con una larga melena de color castaño muy oscuro, casi negro, que no se encontraba cubierta con el clásico velo por estar en el interior de su casa. Esa niña no figuraba en mi Belén pues la puerta de la Posada se encontraba cerrada.

*Abre la puerta hermano
que necesito sustento,
vengo de muy lejos,
traigo a mi mujer encinta,
y necesito aposento.*

*Mujer, ¿no hay ni siquiera un sitio
donde albergar a la Familia?,
la Señora puede parir
y la felicidad de la vigilia
la podríamos compartir.*

*Mi casa entera abriría
mas, habitaciones no tengo
yo por otro lado buscaría
pues la noche está cayendo.*

*María vámonos,
somos pobres,
no hay habitaciones
compréndelo.
Yo buscaré un sitio
para que nazca mi niño,
el niño Dios.*

Seguí de cerca al posadero por la estrecha calle. Era una persona muy joven; se apoyaba en un rústico cayado. Vestía una larga túnica negra y una chilaba o capa con rayas de diversos colores. Su caminar era lento, pausado, sin prisa. El silencio del lugar solo se rompía con los cantos de algunos gallos que indicaban que los primeros rayos de sol comenzaban a salir...

Al final de la calle percibí el inconfundible ruido de un martillo golpeando sobre unas maderas. Allí estaba el carpintero, era un hombre de aspecto bonachón que aparentaba tener más edad de la que supongo realmente tenía, quizás su calvicie y su barba blanca ayudaban a ello. Su cuerpo estaba ligeramente encorvado probablemente por la postura mantenida

durante años para realizar su diario quehacer... y estaba y vestía como en mi Belén.

A la entrada de la carpintería había depositado un montón de troncos tras los que me escondí para no perder detalle de cuanto ocurría. Al fondo en la pared podían verse colgadas sierras de distinto tamaño y herramientas propias del oficio: martillos, gubias, frascos con cola para pegar, una especie de tonel con agua. En otro lado otro tonel guardaba los restos de serrín que le daban a la carpintería su olor característico.

Los hombres se saludaron afectuosamente.

-Vengo a recoger mi mesa -le comentó-. En estos días hay tanta gente en la Posada que no me caben en la que tengo; por cierto dice la gente que algo va a ocurrir en el pueblo, nadie sabe a ciencia cierta qué es, pero algo pasa... dicen que el Rey Herodes tiene importantes visitas... En mi casa no caben más personas. Ayer sin ir más lejos, tuve que decir que no a una pareja que me pidió alojamiento... Luego me quedé preocupado pues Ella estaba encinta y muy próxima a dar a luz... Creo que no hice bien... Pobre mujer a saber qué ocurrió... No hago más que pensar en Ella”.

-La verdad es que yo también he notado algo raro en el ambiente, -contestó el carpintero-. Hoy me he despertado

pronto porque una luz extraña iluminaba la noche y desde aquí he podido ver cómo muchas personas salían a la calle antes de la hora habitual.-

*Gran revuelo entre las gentes,
va causar el acontecimiento
vendrán muchos a verlo,
entre la gente del pueblo.*

*Las calles y plazas públicas
los mercados y paseos
se llenaron de creyentes
escribas y fariseos
tramposos, trapisondistas
vendedores y reos sueltos.*

*Ambulantes de la venta
de esos que llaman tenderos
con zurriones los pastores,
con las bestias los muleros,
con escurridor las lavanderas,
con pieles los de los cueros,
con el hacha leñadores
y los burros con aperos.*

*Los pobres en la calle,
los ricos en mansiones,
pastores en el valle
y crédulos con ilusiones,
sacerdotes con sus rezos,
jueces con magisterio,
artesanos con el brezo
y desgraciados al cementerio.*

*Sucedrán muchos milagros
a lo largo de este tiempo,
comieron los mendigos
los parados y los hambrientos,
por miles sus seguidores
con sus apóstoles al acecho,
pescadores, labradores
hombres de pelaje nuevo.*

*Gran revuelo entre las gentes,
va causar el acontecimiento,
vendrán muchos a verlo,
entre la gente del pueblo.*

A pesar de encontrarme en un lugar lejano, asombrosamente todo me era conocido. Las casas eran idénticas a las de mi Belén: los caminos, exactos a los que hace unos días

tracé con albero; en los prados y campos veía a los mismos animales pero en estos momentos a tamaño natural y de carne y hueso; el parecido era tal que frente a mí se encontraba una vaca a la que le faltaba un trozo de cuerno, y en ese momento me vino a la memoria la riña de mi madre por no tener cuidado al sacar una de las figuras de las cajas donde reposaban el resto del año envueltas en papel de periódico. La prisa en hacerlo dio lugar a que un golpe seccionara el cuerno de una de las vacas. Y estaba allí, estaba viva, y me estaba mirando...

Del camino de albero cogí la bifurcación que salía hacia la derecha, la que yo sabía que me llevaría al río. Mientras caminaba intuí que me cruzaría con dos personas. Y en efecto, ya pude vislumbrar la silueta de la primera, era una mujer joven que portaba un cántaro apoyado en su cintura, la seguía muy de cerca otra con el cántaro sobre la cabeza. Sus ropas me eran conocidas, una blusa de color azul marino, falda roja y larga hasta los pies, zapatillas negras. Su semblante, mirada al frente y una sonrisa que dejaba entrever blancos dientes marcaban su personalidad. Era tan guapa como la veía en mi casa. Era una de mis figuras favoritas quizás porque se asemejaba a alguna niña de la que sin saber me estaba enamorando.

La que le seguía era menos agraciada y mayor; yo creía que era una figura mal hecha pues difícilmente se le adivinaba la

cara, que además estaba deteriorada. Sin embargo, cuando estuvo a mi altura comprobé que se trataba de una señora cuyo pañuelo negro cubría casi todo el rostro. Al cruzarse conmigo pude ver cómo su cara estaba desfigurada, ¿una quemadura?, ¿quizás un accidente?, ¿sería la temible lepra?, no lo sabía, tan solo noté un escalofrío que recorrió todo mi cuerpo al darme cuenta cómo estaba viendo todo aquello que en mi casa no eran más que figuras de barro, y el escalofrío se tornó en temblor cuando pensé que conocía perfectamente el camino que me llevaría al portal porque allí me enfrentaría al Niño Dios.

El rumor del río llegó hasta mis oídos. Alcé la vista y pude ver mi molino a tamaño natural. Sus majestuosas aspas giraban despacio movidas por una suave brisa y producían un sonido constante y musical al mismo tiempo. Los roces de los dientes de madera sobre el eje lo provocaban y el flamear de las blancas lonas de sus aspas hacía de acompañamiento. De su interior salía un agradable olor a harina tostada. El molinero, un hombre calvo con oronda cintura cubierta por un delantal blanco, contemplaba embobado la bella estampa.

Cerca del molino pude observar y oír las risas y conversaciones de las lavanderas que arrodilladas golpeaban y refregaban las ropas sobre piedras. Casi todas eran jóvenes, hablaban de sus cosas y se las veía felices. Dirigí mi mirada al

río y comprobé que este no se parecía mucho al de mi Belén pues era un riachuelo de verdad; no había papel de plata; el agua cristalina corría y no parecía tener mucha profundidad. Ante él me quedé mirando un rato porque siempre me ha gustado el incesante fluir de las aguas de un río para llegar a su fin. Es por eso que me he permitido intercalar unas frases de esa maravillosa carta de despedida escrita por Gabriel García Márquez:

*La vida es como un río
que siempre nos lleva al mar
haz lo posible Niño mío
para que eso tarde en llegar.*

*Mientras tanto las cosas valoraré,
a los niños alas daré
cuando todos duermen, despertaré
nunca a nadie hacia abajo miraré
y siempre recordaré,
que la muerte llega con el olvido
y no con la vejez.*

*Quiero verlo claro Niño mío
como clara es el agua de este río.
¡Ayúdame!, la cosa no es sencilla*

*y cuando vuelva a Sevilla
y vea al Guadalquivir
pueda decirte en voz alta
¡Gracias Niño mío, que bonito es vivir!*

Ascendí a un pequeño montículo desde donde se divisaba el río. Comprobé cómo este dividía a la pequeña ciudad en dos partes perfectamente diferenciadas, tal y como figuraba en mi Belén. ¿Cómo se les ocurriría a mis padres imitar esa situación? El lugar en el que me encontraba era el más frondoso. En él estaban la mayor parte de las edificaciones y se podían encontrar casi todas las profesiones, carpinteros, tenderos, herreros... Había alguna vegetación. Y en el otro lado, donde todo era mucho más árido, se veían algunas cabras, los tejares, los talleres de los alfareros, un viejo puente hecho con barcas y al fondo sobre la colina, el castillo de Herodes.

La curiosidad me llevó a cruzar el río y trepar por la colina con la intención de visualizar al rey Herodes ya que en mi Belén, como antes comenté, no estaba representado. Tras unos arbustos divisé a los soldados que guardaban la puerta. Acercarse más y no ser visto era tarea casi imposible por lo que me recosté sobre una piedra para descansar de tantas emociones. Estaba ante la puerta del que se creía único rey de los judíos, aquel que no podía permitir que nadie le usurpara el trono. La visita de los

Reyes Magos resultó un fracaso rotundo, pues Herodes lleva esperando 2012 años que le digan dónde nació el Niño.

Durante mi bajada hacia el valle pensé cómo puede existir gente con tanta maldad, Herodes fue una persona cruel y sanguinaria que no dudó en aniquilar a cuantos le estorbaban, ya fueran familiares, amigos o enemigos. Hoy día desgraciadamente siguen existiendo Herodes, unos capaces de matar por cualquier motivo o vanas ideas, y otros aunque no maten intentan aniquilar a cuantos se pongan en su camino, bien sea por envidia, por cobardía, por irresponsabilidad o por el simple hecho de hacer daño.

Herodes, en su afán de poder mandó asesinar a todos los niños de Belén y sus alrededores, en la creencia de que entre ellos estaría el Mesías, pero afortunadamente y para bien de la humanidad, éste logró salvarse porque José y María huyeron a Egipto. Qué lástima que hoy día no existan un José y una María que eviten que tantos y tantos inocentes sean sacrificados antes de nacer.

Nuevamente me encontré junto al río en el puente de barcas donde volví a sentarme y de pronto me vino a la memoria un viejo grabado que se encontraba en mi casa. Representaba a una Sevilla antigua donde el río la divide en dos

mitades, una de ellas frondosa, la otra más árida. Estaba sorprendido pues lo que estaba viendo era casi igual. Me parece mentira, era como si estuviese sentado en Sevilla y mirando a Triana; sí, a Triana, que también tiene tejares, alfareros y un castillo, el de San Jorge donde también se hicieron fechorías semejantes a las de Herodes.

*Vive a su lado,
pasando el río
está anclada en el tiempo
y con el mismo gentío
tiene casas,
catedral y conventos,
cuatro vírgenes
y ningún Cristo muerto,
tiene carretas,
promesas y un desafío
y cuando adormece Mayo,
se va al Rocío.*

*Por fiesta una Velá
que la llaman de Santana,
aquella bendita mujer
que parió a la Virgen de Triana.*

*En Triana vive la abuela
en Sevilla se cría el Niño,
ella prepara cazuelas*

para el nieto con cariño.

*Son dos barrios de bandera,
son dos barrios tan distintos,
uno tiene solera
y el otro es variopinto;
si uno está de fiesta,
el otro se engalana,
de sus iglesias
redoblan las campanas
el río, un cordón umbilical
y con lo cerca que estáis
cada uno tiene su catedral.*

*Yo he visto a la luna bañarse en vuestro río,
a hurtadillas, remangarse las enaguas,
y en el espejo de sus aguas
retocarse las mejillas.*

*Cómo os parecéis
las de las dos orillas,
una se llama Triana
y la otra es Sevilla.*

Otra vez el escalofrío, otra vez el temblor. Mi instinto tira hacia donde está Él en su pesebre, con José y con María. Mi miedo a enfrentarme, a verlo cara a cara, a oírlo hace que nuevamente tome otro camino.

De lejos seguí a un grupo de pastores que caminaban con sus rebaños, de pronto un perro delató mi presencia y fui invitado a incorporarme al grupo.

¿De dónde vienes forastero?

Vengo de muy lejos, contesté.

Seguro que vienes por lo de la profecía.

¿A qué te refieres amigo? Le dije...

-Dicen que en estos días en Belén va a nacer el Salvador del mundo, el libertador que el pueblo de Israel ha esperado durante tanto tiempo... Pero ven, quédate con nosotros, la noche se nos echa encima-.

Era una noche estrellada; una vez resguardada las ovejas, todos nos agrupamos para comer algo, conversar y protegernos de los lobos y de los ladrones que acechaban por la zona.

-No tenemos mucho para comer, -comentaron los pastores-, pero lo compartiremos.

-Yo también tengo algo, -les contesté-.

Abrí mi zurrón y ofrecí al que estaba junto a mí el queso y el pan, este, tomó un trozo y se lo pasó a otro y así sucedió con todos los presentes. Cuando el zurrón volvió a mí nuevamente, comprobé que tanto el queso como el pan estaban intactos a pesar de que todos habían comido. No pude evitarlo y el zurrón cayó de mis manos. Me acordé de la multiplicación de los panes y los peces que años mas tarde iba a suceder. Sí, sin duda había ocurrido un milagro. Tomé del suelo el zurrón y lo apreté contra mi pecho, no estaba dispuesto a separarme de tan milagroso trofeo.

Ensimismado me encontraba por lo ocurrido cuando de pronto pude observar cómo todos los pastores, presos de pánico miraban hacia un determinado lugar, como si alguien les estuviese hablando. Yo no pude oír ni ver nada, quizás un resplandor. Así trascurrieron unos minutos hasta que uno de ellos me comentó.

-Lo has oído ¿no? Estábamos en lo cierto, la profecía se ha cumplido y el Mesías ha nacido, se encuentra no muy lejos de aquí al parecer en un establo pues no encontraron alojamiento a pesar de haberlo buscado por todo el pueblo-.

¡Acompáñanos!

Al pasar por la posada vi al posadero sentado en el suelo. Se le veía hundido. Tenía los codos apoyados en sus rodillas y con las manos sujetaba su cabeza... Estaba abatido, roto y la tristeza se reflejaba en su rostro; lloraba amargamente y no era para menos. Había negado aposento al Hijo de Dios, precisamente él que tanta ilusión le hacía que un personaje importante fuera a su posada. Dicen que toda su vida vivió amargado por su comportamiento y obsesionado por resarcir su torpeza... Por eso algunas personas quieren ver en el Posadero al Cirineo que treinta y tres años mas tarde le ayudó a cargar su pesada cruz.

*Mi corazón malherido
padece en estos momentos
el dolor que llevo dentro
por rechazar al Nacido.*

*Qué rabia tengo de ese día
porque no me supe comportar,*

*qué osadía tuve al rechazar
a quien solo paz traía.*

*Qué negra es la noche,
qué negro su velo,
Niño qué he hecho contigo
que ya no tengo consuelo.*

*Qué hacer ya en esta vida
¿seguir en la posada?
No tengo ganas de vivir
porque nunca más podré sentir
el calor de tu mirada.*

*Niño recién nacido,
si algún día me necesitaras,
presto allí estaré yo
y cuando desfallezcas en el talud,
mis manos serán tus manos
para llevarte la cruz.*

Con una alegría manifiesta, los pastores se levantaron y se pusieron en marcha por el camino que yo sabía que inexorablemente terminaba en el Portal. La noche parecía mágica; las estrellas brillaban con una luz inusitada; en el cielo

había un raro resplandor, como si todos sus habitantes se encontraran de fiesta... Se respiraba Paz... Sí, era como el villancico:

*Noche de paz, noche de amor
Ilена el cielo un resplandor
en la altura resuena un cantar:
os anuncio una dicha sin par
que en la tierra ha nacido Dios,
hoy en Belén de Judá*

Sin saber por qué los seguí a distancia. Andaban deprisa, y nerviosos. El olor de las yerbas pisoteadas hacía más agradable el camino, pero no sentía las piernas; un inusitado calor me recorría todo el cuerpo, mi respiración se agitaba, el corazón quería salirse de mi pecho, quería mirar al frente y la vista se iba al suelo. De pronto tropecé con los pastores que poco a poco se iban arrodillando, hice lo mismo y de reojo pude ver lo que hasta hora había ido evitando. Estaba ante el Portal, era una especie de cueva como el de mi Belén...

*Un portal,
y una cuna
unos padres,
unas flores*

*bellas canciones de amores
que un villancico desglosa.*

*Qué belleza de pobreza,
le estimula
el relincho de la mula.*

*Un borrego,
algo de pan
una cabra,
mazapán,
los pastores,
juerga y
algarabía.*

*Niño recién nacido
que sabe amar y ama.*

*Tristeza,
Melancolía,
Desdén,
noche de amor,
villancicos,
cielo azul:*

Mi Belén ...

Mi portal era idéntico. A la luz de un candil que colgaba de una grieta de la cueva se vislumbraban dos personajes de espalda, uno era José que estaba inclinado sobre lo que debía ser un pesebre de cuyo interior sobresalían unos pequeños pies que revoloteaban al aire; el otro estaba casi de perfil; era una bella mujer y su visión duró apenas unos segundos. Parecía como si estuviera arreglando su humilde casa sin perder de vista a su hijo. En ese escaso tiempo pude adivinar cuánta dulzura, cuánta belleza, cuánta serenidad y cuánto amor desprendía esa mujer que no era otra más que María. Sin llegar a verle la cara, pues solo la vi de perfil, tuve el presentimiento de conocerla, de serme muy familiar, de haber estado con Ella muchas veces, de haber hablado, de mirarla, de pedirle, de llorarle, pero ¿a quién me recordaba?

Es invierno...

*La incipiente nieve daba color a su rostro,
el rojo del fuego había pintado sus labios,
del azul del cielo se impregnan sus ojos,
y el murmullo de las fuentes de agua,
quiere parecer su voz.*

Pero, ¿quién es?

¿A quién se parece esta mujer

*con tanta dulzura?
Sin duda,
a mi Virgen de la Amargura.*

*Así,
verte de lejos,
y no decirte nada,
ni con una sonrisa,
ni con una mirada.
Y que nadie comprenda
cuánto te quiero a ti.
Porque hoy puedo decirte
lo que a nadie le dije:
Que toda la noche es poca para soñar contigo
y todo el día es poco para pensar en ti.*

*Pero Madre, no sé cómo llamarte
porque no solo eres Amargura,
eres, Agua, Rocío, Estrella y Piedad
eres Paz, Candelaria y Dulce Nombre,
eres Victoria, Angustias, y Caridad,
eres Rosario, Valle y Soledad.
Pero sobre todo Madre eres Esperanza,
y creo adivinarlo cuando te vi de perfil,
cuando vi tu cara morena.*

*Tú eres la que vives en San Gil
y te llamas Macarena.*

Un ruido me sacó de tan maravillosa visión. Era el bramido de camellos. A la derecha del Portal pude ver cómo tres personajes, ataviados con ricos vestidos, se acercaban. Iban sobre camellos acompañados por unos pajes. El primero de blanca barba, casi pelirrojo el segundo y de morena tez el tercero. Sin duda alguna, se trataba de los Reyes Magos.

Al pasar por mi lado Baltasar tocó mi cabeza, Gaspar me dedicó una sonrisa y Melchor me guiñó un ojo y, al verlo, me quedé estupefacto, pues tenía un gran parecido con mi padre. Tras eso, una especie de sopor o de sueño recorrió mi cuerpo.

LA REALIDAD

¿Qué estaba pasando?

Tan metido estaba en mis pensamientos que no me di cuenta de lo que en segundos había ocurrido. Todavía tenía mis manos apretadas contra el pecho, pero el zurrón ya no estaba. Ya no era el zagal que se encontraba en Belén, era una persona mucho más mayor, dice mi familia y conocidos que con un gran

parecido físico a mi padre. A mí alrededor no se encontraban los pastores, había mucha gente, entre ellos algunos amigos, y estábamos visitando uno de los bellos belenes que por Navidad se montan en Sevilla. Por su similitud al mío no sé cuánto tiempo quedé absorto, segundos, minutos, ¡qué más da! Había tenido la oportunidad de estar en Belén y de ver a sus personajes. La momentánea visión de María la tenía grabada en mi alma, y los Reyes Magos al cabo de tanto tiempo continuaban dejándome un regalo, probablemente el mejor que se pueda desear a mi edad: el cariño.

En mi sueño quise ver que no solo había estado en Belén como uno de sus personajes, sino que además era uno de los reyes que iba a postrarse ante el Niño, aquel que me recordaba a mi padre. Qué bonita es la Ilusión. La de los niños y la de los mayores; la de los niños porque ellos son la Ilusión en primera persona y la de los mayores porque si la perdemos lo hemos perdido todo. Hoy pasado ya el tiempo, pienso que no he perdido la Ilusión y tampoco me la quitaron, la tuve y mucha, pero ocurrió igual que en el Belén, estuve allí y al final no me pude acercar al portal que es mi ciudad de Sevilla.

Por eso ahora puedo decir:

*"Una mañana al despertar
tu mirada, tu rostro vi,
no aguante más y te seguí,
mi corazón volvió a reír
ahora todo es diferente;
un camino distinto compartido
en el que hay una paz total
y escucho una voz de aliento
que alimenta mis sentimientos
y regala felicidad..."*

En unos segundos habían pasado 2012 años. Ignoro el tiempo que llevaba allí, todo lo vivido fue un sueño, no sé qué pasó pero me sentí feliz, feliz y triste al mismo tiempo; feliz por lo pasado, y triste porque por unos momentos estuve a punto de ver su cara, la cara del Niño, la cara del Padre. Pude hacerlo y perdí la ocasión. Pienso que no fui cobarde, simplemente que no me llegó la hora de ver a Dios.

*No te pude mirar a la cara
pero no me rindo,
aun estoy a tiempo
de alcanzar
y comenzar de nuevo,
aceptar tus sombras,*

*enterrar mis miedos,
liberar el lastre,
retomar el vuelo.*

*No me rindo
que la vida es eso
continuar el viaje,
perseguir los sueños,
agotar el tiempo,
y destapar el cielo.*

*No me rindo,
aunque el frío queme,
aunque el miedo muerda,
aunque el sol esconda
y se calle el viento,
porque hay fuego en mi alma
porque hay vida en mis sueños,
porque no hay heridas
que no cure el tiempo.*

*Porque Padre, para mí lo eres todo,
no sé amarte de otro modo,
sin mirar no puedo verte
te veré el día que me llames,*

LA OTRA NAVIDAD

Encerrado en mis pensamientos y en el momento vivido volví a casa. Al salir, las luces de la calle, los puestos de la feria del Belén y el olor a castañas asadas, me recordó una vez más que estábamos en Navidad y mientras atravesaba el centro de mi querida Sevilla pude comprobar que existe la “otra Navidad”.

La Navidad es el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios. ¡Qué bellos y emotivos son los villancicos, que en la tradición de cada pueblo se cantan en torno al nacimiento! ¡Qué profundos sentimientos contienen y, sobre todo, cuánta alegría y ternura expresan hacia el divino Niño venido al mundo en la Nochebuena! Pero la Navidad no se resume en el día 25, también los días que siguen al nacimiento son días de fiesta: así, ocho días más tarde, se recuerda que, según la tradición del Antiguo Testamento, se le dio un nombre al Niño: se le llamó Jesús.

Es por tanto la fiesta de todos pero muy especialmente de los niños, muchos no la viven como la fiesta cristiana que

rememora el Nacimiento del Hijo de Dios, sino como una autentica feria, las calles se encuentran engalanadas pero no para celebrar el acontecimiento, sino para invitarnos al consumo, la TV es un auténtico bombardeo de juguetes y colonias, muchos andan ajetreados comprando los regalos, algunos niños solo piensan en que el día 24 llega papá Noel, ciertas cenas familiares o son tristes por los que faltan o terminan en disputas animadas por el alcohol. La Navidad no son los adornos, ni la nieve, ni el árbol, ni la chimenea, todo es apariencia y por la calle todos nos felicitamos y nos deseamos suerte. Y yo pregunto, ¿por qué no sigue ese mismo comportamiento a partir del siete de enero?.

¿Dónde está entonces el espíritu de la Navidad?

Nos falta Fe y nos falta Esperanza a pesar de que en Sevilla tengamos a las dos Esperanzas más hermosas. Qué grandeza la de María y qué grandeza la de José. Ese es el espíritu de la Navidad. Meditemos sobre lo que debió pasar por la cabeza de esa Mujer, qué digo mujer, por la cabeza de esa Niña cuando aterrorizada ante la presencia de un ángel este le comunica:

*“No temas, María,
porque has hallado gracia delante de Dios ».*

Y antes de que pueda reaccionar le dice

*«Vas a concebir en el seno y vas a dar a luz
un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús.»*

Todavía tiene Ella fuerzas para responderle.

*'¿Cómo será esto, puesto que
no conozco varón?*

Y qué me dicen de José, una persona mayor, desposado que no casado y que resulta que va a ser padre de un niño al que hay que ponerle de nombre Jesús. ¿Os imagináis a José en nuestros días?, hubiera sido acusado de todo, pervertidor de menores, secuestrador de una niña y encima tiene un hijo que no es suyo. Un hombre que tiene que trasladar a su familia desde Nazaret hasta Belén para censarse y la traslada en unas condiciones lamentables... Un embarazo de nueve meses, un burro como vehículo y 120 kilómetros por delante... Y ahí no queda todo, pues días después del parto ha de huir a Egipto, pues hay un rey dispuesto a matar a su hijo.

¡Cuanto sufriría José en aquellos días!..., Su Fe, sin duda, le ayudó a dignificar su nombre. De ahí que tenga tanta admiración a este carpintero de profesión, ejemplo de humildad

y obediencia y del que desgraciadamente no sabemos ni siquiera la fecha de su muerte.

Fijémonos en José y en María porque nos están diciendo claramente qué es la Navidad. En ellos triunfó la alegría y la esperanza sobre el pesimismo, valoraron lo pequeño por el valor que tiene la cercanía de las personas y prevaleció la voluntad transformadora sobre la dejadez y la inhibición.

En ese espejo debemos mirarnos; hoy afortunadamente muchas familias si viven la Navidad como la fiesta que es, los padres transmiten a sus hijos esas vivencias, disfrutan con ellos del auténtico significado que para el mundo tuvo y tiene el Nacimiento del Hijo de Dios, sin olvidarse de las bellas tradiciones que engalanan y engrandecen la fiesta, un Belén puesto con cariño y un villancico cantado con el corazón.

Pero la Navidad también llega a través de todas otras muchas personas, aquellas que ocultas en el anonimato se entregan a los sin techo, a los deficientes, a los ancianos, a los enfermos, a los drogadictos,... en tantas y tantas instituciones y centros repartidos por nuestra ciudad.

No debemos de olvidar la época en que vivimos, el paro – una de cada tres personas lo están–, la pobreza que camina a pasos agigantados, más de 70.000 sevillanos viven con menos de

8 euros al día, el hambre, -sí , en Sevilla, no lo olvidemos, hay muchas personas que pasan hambre, cada vez más, desgraciadamente- y para esos debe haber también Navidad, pero una Navidad que dure 365 días todos los años. Esas personas que regalan su tiempo para que la vida de otros cambie y para que el mundo y sus estructuras sean diferentes, son la verdadera Navidad.

*Amigo, ven, escucha, piensa
si no olvidas tu mundo de pasiones,
si no aparcas la envidia...*

*Navidad, soledad,
qué pobre te estas quedando,
que ya ni siquiera sé
si tienes amigos,
que en el camino
te estén esperando.*

*Pero ven, escucha, piensa,
justo al atardecer,
cuando termina el camino del Sol,
hay una hora en la que vuelan los ángeles,
en la que aún suena,
la música fantástica de pájaros
y hay una luz, que ya no es luz ni sombra.*

*Allí estaré contigo peregrino,
pronta la mano, para coger tu mano,
dispuesto el hombro para que lluevan lágrimas.*

*Junto nos buscaremos la posada,
para tener refugio en esta mágica Nochebuena.*

¡Al son de la sonaja cantaremos!

¡Feliz Navidad a todos!

